

CARTA PASTORAL

“...Se puso a caminar con ellos”

(Lc 24,15)

Somos Iglesia
que camina con Jesús



+ FIDEL HERRÁEZ VEGAS

Arzobispo de Burgos

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
1. “IBAN CAMINANDO...” (Lc 24, 13) La Visita Pastoral, un acontecimiento eclesial	6
2. “IBAN CONVERSANDO ENTRE ELLOS” (Lc 24, 14) La realidad nos interpela	8
3. “JESÚS SE ACERCÓ Y SE PUSO A CAMINAR CON ELLOS” (Lc 24, 15) Un discernimiento comunitario	16
4. “¿NO ARDÍA NUESTRO CORAZÓN?” (Lc 24, 32) Convocados y enviados	22

“...SE PUSO A CAMINAR CON ELLOS”

(Lc 24,15)

Somos Iglesia que camina con Jesús

“Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a un pueblo llamado Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»” (Lc 24, 13-17).

“Llegaron cerca de la aldea adonde iban y Él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y le reconocieron. Pero Él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén” (Lc 24, 28-33).

El conocido relato pascual de aquellos dos discípulos que se dirigen a Emaús, quiero que me sirva de marco y guía para esta Carta Pastoral. En él encontramos aspectos nucleares de la experiencia creyente tales como el cansancio del camino, la fragilidad de nuestra fe, la escucha de la Palabra, la celebración de la Eucaristía, la adhesión a la Comunidad... y

también la llamada permanente a vivirnos acompañados de Jesús. Pienso que la Iglesia que camina en Burgos quiere encontrarle y reconocerle hoy, en medio de nuestros contemporáneos, y sentirse como aquellos dos discípulos: interpelada por Él, fortalecida con su Palabra y urgida a anunciar con palabras y obras la vida nueva del Señor Resucitado.

A través de los Mensajes dominicales me he dirigido habitualmente a la Comunidad diocesana comentando iniciativas, acontecimientos y proyectos pastorales. En las Cartas Pastorales anteriores he tratado de modo más detenido y global mi percepción de la realidad, a la luz de la Palabra de Dios y del diálogo en diversas ocasiones con vosotros, para acompañar nuestra vida eclesial y animar pastoralmente nuestra vida espiritual. Las recuerdo brevemente, para situarlas en el caminar diocesano como pasos previos de un itinerario al que esta nueva Carta quiere dar continuidad.

La primera de ellas, *«Para que tengan vida»*, en la Pascua de la Resurrección del Señor de 2017, pone en el centro a Jesucristo, que nos da la Vida porque Él es la Vida. Participando de esa Vida nos descubrimos Iglesia, discípulos misioneros, testigos de la Vida en una diócesis concreta. El servicio de nuestra misión consiste en que todas las personas puedan participar de esa Vida en las diversas dimensiones de la existencia.

La segunda Carta, *«Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador»*. En el gozo del Espíritu, os llegó en la vigilia de Pentecostés de 2018 con ocasión de mis bodas de oro sacerdotales. La acción de gracias y la alegría de la vocación que yo experimentaba personalmente, es el mismo don del Espíritu para todos los bautizados. Así, os animaba y nos emplazábamos para celebrar y testimoniar los frutos del Espíritu en nuestra vida, y en el seno de nuestra Iglesia particular.

En la Carta Pastoral que ahora os ofrezco quiero continuar la reflexión y el diálogo con vosotros, Comunidad diocesana, a partir de la Visita Pastoral que he venido realizando con gran ilusión y dedicación de tiempo. Aunque el recorrido por todas las parroquias de la diócesis aún está por terminar, ya va muy avanzado. Y considero que es un momento adecuado para que hagamos juntos un pequeño alto en el camino, a fin de

reflexionar, orar y compartir la realidad pastoral que percibimos hoy, en el aquí y ahora de nuestra diócesis. Así, desde una mejor visión del presente y con la ayuda del Señor, veremos juntos el futuro con esperanza y nos prepararemos para vivirlo con nuevo impulso y dinamismo evangelizador.

El relato de los discípulos de Emaús nos ofrece una referencia muy oportuna para iluminar nuestro camino y nuestros proyectos pastorales. Aquel suceso narrado por el evangelista Lucas puede ser visto como una imagen del caminar de la vida cotidiana donde peregrinamos juntamente con otros, creyentes y no creyentes, compañeros de camino; nos evoca la existencia de muchos cristianos, la vida de la Iglesia diocesana, de los que siguen caminando gracias a la compañía, muchas veces misteriosa y no percibida, del Señor Resucitado, y de tantas personas que, por muchas circunstancias, viven desesperanzadas, indiferentes o alejadas de Dios. A todos quiere alcanzarnos Jesús en el camino, para conversar con nosotros y cambiarnos la vida.

Este pasaje evangélico (Lc 24, 13-35) ha ejercido una seducción profunda y continua en muchos teólogos y autores espirituales. La razón es fácilmente comprensible: los creyentes se ven reflejados en aquellos dos hombres que habían seguido a Jesús durante algún tiempo, pero que en ese momento estaban atenazados por la incertidumbre y las dudas. Cleofás y su compañero regresaban a su lugar de origen para superar la frustración de una aventura que, desde una mirada superficial, había conducido al fracaso. No tenían aliento para seguir adelante. Sus ojos estaban entristecidos y por ello no reconocían al peregrino que les había salido al encuentro y que caminaba con ellos.

En aquella encrucijada vital se produce la conversión pascual, porque vuelven a encontrar la fuente de donde brota la alegría y las razones por las que la esperanza renace siempre de nuevo. La experiencia de lo que habían vivido con Jesús había dejado en ellos un rescaldo dispuesto a renacer. De modo inconsciente pervivía en ellos la actitud de la hospitalidad y de la acogida que expresan ante aquel inesperado compañero de camino, al que invitan a quedarse con ellos; aquel atardecer será el amanecer de un futuro nuevo y luminoso. Entonces, en torno a la mesa, la fracción del pan,

la Eucaristía, es el gesto que transfigura sus ojos, de modo que pudieran reconocer al Jesús viviente en medio de ellos.

Este reencuentro con el Resucitado les otorga nuevo aliento, les hace ponerse de nuevo en camino, con júbilo y con prisa, para contar lo que había sucedido, para celebrarlo con los otros, para dar solidez de este modo a la Comunidad de los discípulos de Jesús. Así entran en el corazón de la Iglesia. No sólo Pedro, también los discípulos reclusos en Jerusalén habían sido protagonistas de un acontecimiento semejante: todos ellos al reconocer a Jesús se inundan de alegría, se convierten en testigos y asumen una misión que les llevará hasta los confines de la tierra (Lc 24, 36-49).

Aquel proceso que experimentaron los discípulos puede ser el icono de nuestra conversión pascual y el comienzo de una nueva etapa pastoral en nuestra diócesis, después de reflexionar, compartir, orar juntos y abrirnos confiadamente al Espíritu de Jesús. La Visita Pastoral ha sido para mí una experiencia de discernimiento, que me ha hecho constatar que el Señor sigue caminando entre nosotros y que puede revitalizar nuestra fe y nuestro ardor misionero, como comentaban aquellos discípulos después del encuentro con Él: “¿No ardía nuestro corazón?”.

1. “IBAN CAMINANDO...” (Lc 24, 13)

La Visita Pastoral, un acontecimiento eclesial

La Visita Pastoral forma parte de la vida de la diócesis y consiste principalmente en el encuentro gozoso de la Comunidad cristiana con su pastor y del pastor con la Comunidad cristiana, de cada parroquia, de cada grupo, de cada institución. Este encuentro me ha permitido ir entrando más en el corazón de la Iglesia diocesana, en el ritmo de la pastoral concreta, en el contacto con sus agentes más directos, llenos de ilusiones y de generosidad, y a la vez de preguntas y de interrogantes. Por eso, ha sido para mí ocasión para una reflexión espiritual y pastoral, que debería concretarse, y así lo deseo, en decisiones y proyectos pastorales compartidos.

La Visita Pastoral ocupa un puesto central en el ejercicio del ministerio episcopal y en el caminar de la Iglesia. La Visita Pastoral que el obispo realiza como Ministro de Cristo, es la visita del Señor, verdadero y único Pastor, a su pueblo. Se trata de una celebración eclesial, porque gracias a ella el obispo se encuentra en medio de su pueblo y a la vez el pueblo descubre en el obispo el signo de la apostolicidad, de la catolicidad y de la comunión que dan vida a la propia diócesis y al conjunto de la Iglesia. Es el Señor quien viene, nos alcanza en el camino, y pasa por nuestra vida llamándonos de nuevo a la conversión, a seguirle más de cerca y a ser misioneros de la alegría de la fe y de la esperanza recibida.

Es comprensible por ello que la legislación canónica haya establecido como obligación del obispo realizar la Visita Pastoral a cada parroquia con una cadencia de al menos cada cinco años (cn. 396). Esta norma no hace más que expresar la importancia de la Visita Pastoral como acontecimiento eclesial y como parte esencial del gobierno pastoral que corresponde al obispo. La conciencia de este hecho se manifestó con claridad en el Sínodo de los obispos del 2001, dedicado al ministerio episcopal, que dio lugar a la Exhortación apostólica postsinodal *Pastores Gregis*. Las reflexiones de los obispos dieron gran importancia a la Visita Pastoral, que calificaron como «auténtico tiempo de gracia y momento especial, más aún, único, para el encuentro y diálogo del obispo con sus fieles» (n. 46). Resaltaron precisamente la prioridad que hay que otorgar al encuentro con las personas, poniendo de relieve que la Iglesia es y debe ser vista como un edificio de piedras vivas, que son cada uno de los bautizados. Especial hincapié se hizo en la parroquia, porque «sigue siendo el núcleo fundamental de la vida cotidiana de la diócesis» (ib. 45), y es ciertamente una presencia visible, cercana y maternal de la Iglesia en las calles y las plazas por las que discurre la existencia de la gente.

En la Visita Pastoral el obispo ejerce de modo más cercano y directo el ministerio de la Palabra, de la santificación y de la guía pastoral. Su misión se hace más viva y real en contacto directo con las angustias y las preocupaciones, las alegrías y las expectativas de los creyentes, especialmente con las personas más desasistidas, los pobres, los ancianos y los enfermos. Él llega, en el nombre del Señor, a poner a Jesucristo sobre

todo en el centro y en la meta de la vida cristiana y apostólica; a encontrarse con la gente, en particular con los más necesitados, para confirmar la fe, y exhortar a la esperanza y a la caridad; a reanimar las energías de los agentes evangelizadores y colaboradores parroquiales; a bendecir a las familias; a animar la participación de los laicos en la misión de la Iglesia; a acrecentar el sentido de comunión eclesial que se alcanza estrechando los lazos de la unión de unos con otros y de todos con Jesucristo.

2. “IBAN CONVERSANDO ENTRE ELLOS” (Lc 24, 14)

La realidad nos interpela

En los diversos encuentros de la Visita Pastoral he procurado tomar el pulso de la realidad, porque sólo desde el contacto vital y cordial con las personas y sus circunstancias es posible realizar de modo auténtico el ministerio episcopal fomentando la comunión y dando aliento a la misión, para hacer sentir el gozo de la evangelización. Precisamente ese contacto cercano permite captar las luces y las sombras de una realidad compleja, afectada por los profundos cambios sociales, religiosos y culturales, que reclama de nosotros un esfuerzo de discernimiento y de prospección de futuro para mejor cumplir nuestra misión. En este caminar como Iglesia en Burgos, pienso que tenemos que profundizar en aspectos pastorales que requieren mayor atención. Jesús nos puede alcanzar ahora, como en el camino de Emaús, para que nos dejemos iluminar por Él y acometamos lo que evangélica y pastoralmente importa para ser Iglesia viva, signo profético y creíble en la sociedad que nos rodea.

De la realidad que he percibido, quiero compartir algunos trazos refiriéndome a los ámbitos que considero especialmente relevantes: atención pastoral; acción social; sacerdotes, religiosos y religiosas; laicos; patrimonio. De modo muy breve, porque habremos de volver sobre estos campos para discernir más ampliamente, pretendo sobre todo señalar las interrelaciones y desafíos que deberían ser objeto de especial atención en nuestra pastoral diocesana.

a. Atención pastoral

Es evidente que hay una clara diferencia, desde muchos puntos de vista, en el modo propio de vivir la eclesialidad y planificar las actividades pastorales, entre el ámbito rural y el ámbito urbano, algo que caracteriza de modo tan marcado nuestra diócesis. Es conveniente establecer esta distinción porque difieren las necesidades e interpelaciones en cada caso.

En el **mundo rural** produce una enorme satisfacción la gozosa acogida al obispo así como la gratitud por su presencia en las distintas parroquias y pueblos. Es muy relevante la importancia de la religiosidad y de la piedad popular, la vitalidad y arraigo de tantas fiestas locales y comarcales, que conjugan armoniosamente las raíces tradicionales con la sensibilidad actual. Un signo profundamente humano y cristiano es la oración por los difuntos, y el cuidado de los cementerios, como una expresión más del amor por los familiares fallecidos, así como la esperanza confiada en la providencia amorosa de Dios. Su sencilla pero sentida vivencia eclesial se manifiesta también en la preocupación que les produce la desaparición, ya real o más o menos próxima, de la presencia de los sacerdotes entre ellos.

Son patentes los cambios que se van produciendo en la vida de nuestros pueblos. Es evidente y dolorosa la creciente despoblación. Es claro el progresivo envejecimiento de los habitantes. El modelo económico sigue siendo agrícola, pero crece el número de agricultores y ganaderos que residen en poblaciones más grandes y que sólo se desplazan a la zona rural cuando sus trabajos lo requieren. La estructura económica va incorporando nuevas fuentes de recursos para atender a las necesidades de la población y también de las parroquias. Es también relevante la repercusión que tiene en los pueblos la movilidad de nuestra sociedad, por la que aumenta el número de residentes en los fines de semana, en los días de fiesta o en los períodos vacacionales.

Esta situación plantea a la diócesis tres desafíos principales: pensar con seriedad la re-estructuración que haga posible la atención pastoral más adecuada a la zona rural; preparar con cuidado y previsión de futuro la atención religiosa en ausencia de presbíteros; planificar con visión de conjunto los momentos puntuales en los que aumenta la población, teniendo en cuenta las celebraciones litúrgicas y sacramentales.

En el **mundo urbano** es donde se encuentra la mayoría de la población, por lo que en él se juega con mayor grado el rostro que damos como cristianos en el presente y el futuro de nuestra Iglesia. También aquí he de agradecer la acogida cordial y afectuosa, y la profunda experiencia de eclesialidad que suscita la presencia del obispo. Desde la cercanía he podido constatar la actitud de entrega y servicio de tantos sacerdotes, consagrados y laicos, que hacen visible la cercanía de la Iglesia en numerosas experiencias vitales de nuestros contemporáneos y en muchos acontecimientos de la vida ciudadana.

En la ciudad se percibe con más intensidad el pluralismo sociocultural e ideológico, y la diversidad de situaciones que se dan en la misma población. También existe pluralidad de ámbitos de nuestra diócesis, que piden determinada orientación y actividad de la pastoral. Basta pensar la diferencia, por sus propios contextos, entre las parroquias del centro y las parroquias de los barrios y del entorno de los núcleos urbanos más amplios. Se constata igualmente los numerosos espacios humanos y ámbitos públicos en los que unas veces se acoge y otras se difumina o desdibuja la presencia cristiana. Nuestra presencia, por tanto, debe ser repensada y replanteada teniendo en cuenta las nuevas circunstancias históricas.

Junto a esto deseo señalar cuatro campos que despiertan en mí una honda preocupación y que nos deben estimular a una mayor atención y compromiso:

- *Los jóvenes.* Es muy generalizada su ausencia en el ámbito eclesial, expresión de su escaso interés por la religión institucionalizada, que coexiste en diversas ocasiones con la búsqueda de otras experiencias o pseudoexperiencias de espiritualidad. No se puede negar que es un tema difícil pero hemos de trabajarlo. Hay que valorar, en este sentido, la existencia de algunos intentos serios por parte de diversas parroquias, colegios, asociaciones, movimientos... Pero hemos de reconocer con sinceridad que estas iniciativas son escasas y con logros que, aunque reducidos, también hemos de valorar. Esta situación reclama de todos nosotros un planteamiento renovado, que no puede recaer tan sólo en una delegación diocesana o en algunos grupos

particulares; es algo que implica a toda la diócesis, porque ellos, los jóvenes, son la Iglesia y la sociedad del presente y del futuro. Esta tarea a de incluir también la pastoral vocacional.

- *La iniciación cristiana.* Ha de ser más viva y mejor conectada con la sensibilidad de niños y adolescentes para ir personalizando su fe. Debería ayudar al encuentro personal con Jesucristo, sostenido por una formación sólida ajustada a sus edades; promover de modo sencillo una experiencia de la Iglesia en su vida real y en sus comunidades concretas; y contribuir, a su vez, a que no estén ajenos a la sociedad, donde un día habrán de estar presentes como cristianos conscientes y maduros. En este sentido es de suma importancia algo que lamentablemente está bastante ausente en el recorrido de la vida cristiana: el convencimiento real y operativo de que la formación ha de acompañar al conjunto de la existencia del bautizado, como “iniciación continua”, teniendo en cada etapa y persona sus características específicas, de modo que la respuesta personal, eclesial y social vaya siendo la más adecuada hasta el final de su caminar en esta vida.
- *El matrimonio y la familia.* Bien sabemos que la institución familiar ha estado sometida a enormes debates y transformaciones durante los últimos lustros, lo que ha provocado un cambio sustancial en las referencias fundamentales. Esta evolución se muestra con muchos indicadores: el muy bajo índice de natalidad, la escasa y frágil atención referida a la defensa de la vida desde su origen hasta su final, el menor interés por la educación religiosa de los hijos tanto en el hogar como en la escuela, el desinterés por estar presentes en los diversos ámbitos en los que se legisla sobre la familia... ¿No hemos de reconocer que son pocas y apenas visibles en el espacio público las familias cristianas que dan testimonio de la concepción del Evangelio y de la Iglesia sobre la familia? La pastoral matrimonial y familiar debe ser otra de las prioridades de nuestra reflexión pastoral.
- *La pastoral de enfermos y de ancianos.* También merece y requiere un mayor compromiso, porque constato que es desigual, a veces

muy insuficiente. Enfermos y ancianos constituyen uno de los sectores más vulnerables de nuestra sociedad, son víctimas frecuentes del olvido y del abandono, y por ello deben ser privilegiados por una Iglesia samaritana.

Todos estos desafíos solo podrán ser afrontados si existen comunidades eclesiales (parroquias, grupos, movimientos y asociaciones) conscientes de su identidad y de su misión, adecuadamente vertebradas, con relaciones personales y comunitarias efectivas, con servicios y ministerios reconocidos, abiertas a las necesidades del entorno... Y cada comunidad eclesial concreta sólo podrá mostrar toda su potencialidad en el seno y en el marco de la Iglesia diocesana, en la medida en que consigamos actuar en común, compartir los mismos objetivos y vivir del mismo aliento. Si creamos un clima adecuado, a la vez evangélico y humano, ¿no desarrollaremos una mayor creatividad dejando que el Espíritu actúe con fuerza y libertad en nosotros, cristianos renovados y convertidos?

b. Acción Social

La presencia de la Iglesia en nuestra diócesis de Burgos, en el campo social, es muy relevante en muy diversas actuaciones específicas (parroquias, Cáritas, Congregaciones religiosas, Residencias, Asociaciones católicas, Hermandades y Cofradías...) y muy eficaz en su ayuda a pobres, emigrantes, desempleados... Las Congregaciones religiosas y un amplio número de voluntarios muestran el rostro concreto de una Iglesia samaritana, auténticamente preocupada por los más vulnerables, sembrando así el fermento de una nueva sociedad inspirada por el Evangelio y animada por la pastoral de enfermos, de inmigrantes, de personas privadas de libertad... Hay que alabar la buena organización de Cáritas en los diversos arciprestazgos, gracias a lo cual la caridad cristiana penetra el entramado de nuestra sociedad. Asimismo hay que destacar la tarea de Manos Unidas y de tantas iniciativas en favor de la obra social de los misioneros.

No obstante, en este campo deseo señalar algunos desequilibrios que necesitamos afrontar: a) hay que explicitar la dimensión eclesial de estas actividades caritativas para que sean percibidas como acción de la

Iglesia, de toda la diócesis; b) hay que seguir cuidando el oportuno equilibrio con las otras dimensiones de la vida eclesial (evangelización, liturgia y comunión); c) la conciencia social, como proyección y compromiso de la fe, está todavía poco enraizada en la catequesis y en la liturgia; d) es escasa la presencia de cristianos en la vida pública y social donde se dirimen cuestiones que afectan a los sectores más necesitados; e) las actividades sociales de las diferentes delegaciones y movimientos merecen encontrar un mayor eco en la vida de las parroquias.

c. Sacerdotes, Religiosos y Religiosas

La Visita Pastoral es una ocasión magnífica para mantener un contacto directo con los sacerdotes en el marco pastoral de las parroquias y arciprestazgos, y para mí personalmente constituye un momento de gozo y una experiencia de comunión. He de expresar mi admiración y mi reconocimiento en nombre de toda la diócesis a su entrega generosa, especialmente cuando en las zonas rurales deben atender un elevado número de parroquias, o cuando junto a determinados servicios diocesanos deben encargarse de algunas parroquias de los pueblos. Valoro muy positivamente su asistencia a los retiros y a las sesiones de formación permanente, la ayuda mutua que se prestan entre ellos, así como las reuniones fraternas que realizan de modo asiduo tanto para la programación pastoral como para la convivencia, el ocio y el descanso.

Para mí, como pastor y servidor de la diócesis, constituye una enorme satisfacción constatar la valoración generalmente positiva de los sacerdotes por parte de la mayoría de los feligreses. Su presencia, cercanía, sencillez y disponibilidad es reconocida con franqueza, como lo muestra de modo espontáneo el grato recuerdo que en general conservan de los sacerdotes que los atendieron en el pasado, y la abierta acogida que manifiestan para quienes les acompañan en el presente.

También he constatado los pasos que se han seguido dando para que la Vida Consagrada sienta y viva la diócesis como su casa. Creo que hemos ido avanzando en la colaboración entre la Vida Consagrada y el conjunto de la diócesis, entre las parroquias y las instituciones de religiosos y religiosas.

En especial nuestros 30 monasterios de Vida Contemplativa cuentan con un amplio y hondo reconocimiento: son vistos y vividos como una de las mayores y mejores riquezas de nuestra vida eclesial.

En este campo desearía subrayar tres aspectos para el discernimiento y la mejora: a) la pastoral vocacional debe ser asumida por todos con un mayor interés, para hacerla más creativa y eficaz; b) debemos contribuir para que el conjunto de los fieles valoren la riqueza y la variedad de los carismas de la vida consagrada; c) es conveniente fomentar y fortalecer la vocación y el servicio eclesial de los diáconos permanentes.

d. Laicos

La Visita Pastoral en tantos lugares de la diócesis permite un mayor y más cercano contacto con los laicos en la vida y entorno parroquial. En la zona rural se constata con frecuencia la colaboración de personas sencillas que, de forma discreta pero profundamente comprometida y eficaz, colaboran en la Iglesia y en la convivencia social. Sin esas personas la presencia eclesial sería mucho más pobre. La bondad que poseen está habitualmente alimentada y sostenida por la fe. Esto es una prueba más de que ésta contribuye a potenciar la dignidad de las personas y a la humanización de la convivencia y de la vida social.

En general los laicos, en mayor número las mujeres, están muy presentes en las parroquias colaborando en diversas tareas y asumiendo responsabilidades pastorales en Catequesis y Liturgia principalmente. Lo hacen de modo muy activo, con iniciativas cargadas de sensibilidad y de voluntad de servicio. Asimismo he podido entrar en contacto con diversos Consejos y grupos existentes en las parroquias que prestan su colaboración en diversos campos.

No obstante, considero que se requiere crear las condiciones para que los laicos actúen realmente como adultos en la Iglesia y en la sociedad, porque la misión de la Iglesia requiere la participación efectiva de todos los bautizados. El laico, por su propia realidad e identidad, está inmerso en el corazón de la vida social, pública y política, en medio de

nuevas formas culturales, religiosas y sociales... Y es ahí donde ha de desarrollar sus capacidades y carismas en favor de todos, así como vivir y testimoniar la fe porque es donde habitualmente se desarrolla su vida cotidiana. Especialmente en el campo social y en el espacio público, como indicaba anteriormente, son los laicos los que deben asumir una mayor responsabilidad. Los “cristianos laicos son la Iglesia en el mundo”, como glosaba un documento de nuestra Conferencia Episcopal, y ahí están especialmente llamados a cumplir su misión.

Para ello se requiere, de forma ineludible, una mayor profundización, tanto en presbíteros como en laicos, sobre la centralidad del bautismo y su significado fundante en la vida real del creyente. Asimismo hay que seguir configurando una formación más sólida y sistemática del laicado, a fin de que vayan adquiriendo una sensibilidad eclesial que interprete la realidad desde el punto de vista de la fe y no desde las ideologías del momento. En el funcionamiento concreto hay que seguir potenciando las dinámicas sinodales a través de los distintos consejos (parroquial, presbiteral, arciprestal y diocesano), así como en los ámbitos propios de las diversas delegaciones sectoriales.

Me alegra la participación de nuestra diócesis y el trabajo de los grupos en la fase preparatoria del próximo Congreso Nacional de Laicos (febrero, 2020). En realidad es un Congreso de evangelización, centrado en el laicado, y una ocasión privilegiada de formación e impulso para llevar a cabo como laicos comprometidos la misión de la Iglesia. De la celebración de este encuentro se seguirán, sin duda, líneas de acción y orientación sobre los retos y los desafíos del laicado en el tiempo presente. Ciertamente la formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales para establecer el diálogo de la fe con la cultura, constituyen un desafío pastoral importante.

e. Patrimonio

El recorrido por los distintos rincones de la geografía diocesana pone delante de nuestros ojos la riqueza impresionante de nuestro patrimonio histórico-artístico, signo evidente de una profunda religiosidad.

Su gran valor, tanto en cantidad como en calidad, es expresión clara de una fe que se ha ido haciendo cultura con la participación de muchos y diversos estratos de la población. Este abundantísimo patrimonio carga sobre nuestras espaldas un peso enorme para su mantenimiento, especialmente por los costes económicos que implica. Por eso, hay que alabar y agradecer el esfuerzo y la sensibilidad de algunos Ayuntamientos y otras instituciones públicas y privadas, así como de tantos feligreses que se comprometen en la rehabilitación y en el mantenimiento de esta herencia del pasado.

Esta rica herencia es un tesoro y es a la vez un desafío si queremos seguir desarrollando su aportación a la evangelización. Hay que continuar potenciando proyectos como las Edades del Hombre, los Museos diocesanos y comarcales (como el del Retablo y el de San Juan en Aranda), así como los proyectos para darles nueva vida mediante conciertos, visitas guiadas, exposiciones... Es un camino prometedor que ha de favorecer la evangelización de nuestros contemporáneos.

En este campo de la vida pastoral, así como en la respuesta a los desafíos y en la elaboración de proyectos de futuro, animo a seguir colaborando con las diócesis más cercanas, especialmente en el marco de la Provincia Eclesiástica y de la Iglesia en Castilla. La comunión entre las Iglesias es una contribución al dinamismo de la misión.

3. “JESÚS SE ACERCÓ Y SE PUSO A CAMINAR CON ELLOS” (Lc 24, 15) Un discernimiento comunitario

Después de compartir la experiencia de la Visita Pastoral, con los retos pastorales que he apuntado, deseo que afrontemos, todos juntos, esta realidad que nos interpela; para que, con la ayuda de Dios, iniciemos en la diócesis un discernimiento comunitario para impulsar una nueva etapa evangelizadora, en una Iglesia local más viva, más discípula de Jesucristo y más misionera. Es necesario tomar medidas valientes y decididas para

que nuestra diócesis afronte su reorganización y su reconfiguración desde la misión que tiene por delante. Esa es la razón de ser de la Iglesia y a ello debemos consagrar nuestros esfuerzos e ilusiones. Es preciso hacer ese “alto en el camino”, como decía al comienzo, para dejarnos alcanzar por Jesús; y dejar que el encuentro con Él, para nuestra revisión y discernimiento, provoque en nosotros la conversión de los de Emaús, la llamada a “volver a Jerusalén”, como grupo de discípulos renovados, a anunciar y a vivir la alegría del Evangelio.

Importa mucho subrayar el “todos juntos”, como Comunidad diocesana. Yo reconozco, con un sentimiento hondo de gratitud, que vuestra presencia activa en el caminar común diocesano me da fuerza no sólo en el ejercicio de mi ministerio episcopal sino también en mi propia fe personal como cristiano. He experimentado, como tan bellamente decía san Agustín, que con vosotros soy cristiano y que a la vez para vosotros soy obispo (cf. Serm. 140,1) como un servicio en favor vuestro. En esta vinculación al obispo, y es un efecto positivo de la Visita Pastoral, vosotros os abris a la comunión que vertebra y consolida a la Iglesia, tanto en el ámbito concreto (la parroquia, el movimiento...) como en el diocesano e incluso en el universal.

Pues bien, en comunión eclesial y para salir al paso de la necesidad de una conversión misionera y de la renovación personal, pastoral y eclesial, que el Espíritu pone en nuestros corazones, **he decidido convocar una Asamblea Diocesana**. La idea ha ido surgiendo y madurando en la oración y en las reflexiones pastorales propias del momento que está viviendo nuestra Iglesia local, pero deseo confirmar expresamente la propuesta, con algunas de sus motivaciones, en esta Carta Pastoral. La Iglesia local es el sujeto pastoral que permanece más allá de los obispos que la presiden. Considero una responsabilidad personal invitaros a reflexionar juntos en esta encrucijada que la historia plantea al caminar de nuestra Iglesia. Lo hago desde la convicción de que el Señor sigue caminando con nosotros y entre nosotros. El contacto con Él, como sucedió en Emaús, despertará el ardor en nuestros corazones y nos daremos cuenta de que Él mismo sigue convocándonos y enviándonos.

La sugerencia de la Asamblea fue consultada y debatida en los diversos organismos de la diócesis, para constatar que respondía efectivamente a una sensibilidad amplia y compartida. En los distintos Consejos se señalaron las dificultades, pero a la vez se expresó una aceptación ampliamente mayoritaria. En este caso, puedo decir con sinceridad y satisfacción que la convocatoria, que corresponde al obispo, se inserta en el sentir mayoritario de los agentes de pastoral.

La decisión viene exigida además por la realidad misma de la Iglesia. Es signo de sencillez y de verdad evangélica reconocer nuestras limitaciones e insuficiencias, calibrar nuestras fuerzas y capacidades, valorar el tesoro que llevamos en los vasos de barro que somos nosotros. Desde la actitud de humildad y confianza podremos dejar que actúe en nosotros –en la Iglesia de Jesucristo en Burgos– el Espíritu Santo, para que hagamos todo lo que está en nuestras manos, pero conscientes de que nuestra acción y nuestra eficacia vienen de Aquél de quien procede nuestra fuerza.

Pienso que es el momento oportuno para vivir la Asamblea como un *Kairós*, un tiempo de Dios para la diócesis; un espacio para abrirse al Espíritu y programar juntos la hoja de ruta evangélica y misionera que requiere el momento de nuestra Iglesia local. Laicos, consagrados, sacerdotes... todos, implicados desde la diversidad y en comunión para llevar a buen puerto la renovación espiritual, pastoral y estructural que deseamos. Siempre es momento oportuno para la gracia, pero quiero acentuar algunas circunstancias que son a la vez motivaciones para proponer la Asamblea como espacio de discernimiento y relanzamiento a la misión.

- a) **El actual contexto socio-religioso y sociocultural**, fruto del profundo cambio producido en nuestra sociedad. No es este el momento de analizar con detenimiento sus raíces, tan amplias y tan profundas, o sus desarrollos futuros, tan imprevisibles e inciertos. Discutirán los sociólogos y filósofos si se puede hablar de secularización, de descristianización, de paganismo o de indiferencia. En cualquier caso, ha cambiado sustancialmente el escenario cultural, y la presencia de la Iglesia y del cristianismo ha padecido alejamientos y desplazamientos significativos. Sólo deseo señalar un aspecto evidente, porque forma parte de nuestra

experiencia diaria: vivimos inmersos en un pluralismo ideológico, religioso, cultural, étnico, moral...; en ese contexto debemos situarnos de un modo lúcido y valiente con una propuesta de novedad y de salvación: la propuesta transformadora del Evangelio de Jesús.

- b) **Nuestra identidad y misión.** En esta situación de pluralismo creciente habremos de adoptar siempre una actitud cordial y dialogante, pero desde la fidelidad a nuestra identidad y modo propio de proceder y con disposición a dar siempre razón de nuestra esperanza. Podremos hacer propia la actitud con la que se desarrolló el Concilio Vaticano II, que pretendía dar respuesta a dos preguntas decisivas: *Iglesia ¿qué dices de ti misma?*; y a partir de aquí: *¿cuál es tu misión?* La respuesta nos conducirá a reconocernos como la Iglesia del Señor Jesús en Burgos: no todos los burgaleses son o se sienten cristianos, pero numerosos burgaleses encuentran o pueden encontrar en Jesús su esperanza y quieren vivirlo y celebrarlo como Iglesia y como don que se ofrece a todos. Importa mucho que nuestras obras den testimonio de nuestro ser cristiano, pero también que sepamos situarnos entre nuestros contemporáneos sin privatización alguna de nuestra fe. En esta sociedad plural y diversa debemos reconocernos e identificarnos como la Iglesia de Jesucristo en esta tierra y en este pueblo, consciente de su identidad y de su misión.
- c) **La celebración del VIII Centenario de nuestra Catedral.** Precisamente, la idea de una Asamblea Diocesana al mismo tiempo que ha ido surgiendo de la Visita Pastoral, se ha ido reforzando en el marco de las reflexiones pastorales provocadas por este acontecimiento. El amplio recorrido que venimos haciendo ante el hecho del VIII Centenario, lo concebimos desde el principio y lo estamos viviendo no solo como un acontecimiento a celebrar en una fecha precisa (20 de julio de 2021), sino como un período de varios años en los que, ante esa realidad confluyente de la vida diocesana, nos vamos replanteando también con este motivo cómo estamos acogiendo y anunciando la Buena Noticia de Jesucristo

en esta sociedad burgalesa. El edificio visible, tan hermoso y grandioso, hace presente la vida de tantas comunidades cristianas (como la nuestra) que a través de los siglos han expresado su fe en el espacio ciudadano por medio de la belleza y la cultura, y nos impulsa a nosotros a vivir con coherencia la misión que nos corresponde en la época actual. Por esta vía la Iglesia se abre al encuentro con el conjunto de la sociedad. La eficacia de este planteamiento se ha ido manifestando de forma progresiva, y sorprendente, como un claro exponente de diálogo entre la fe y la cultura, ya que con motivo del VIII Centenario se han ido integrando de modo transversal, y para un proyecto común, la práctica totalidad de los distintos grupos culturales y fuerzas sociales más representativos de nuestra sociedad burgalesa.

- d) Este proceso celebrativo confluirá con un **Año Jubilar**, que nos permitirá poner de relieve el sentido religioso y eclesial más genuino de la Catedral: en cuanto cátedra del obispo nos vincula a la tradición de la que vivimos, a la proclamación de la Palabra, a la celebración de la Eucaristía, a la comunión que armoniza la diversidad de los carismas, y a la encarnación cristiana –en las distintas estructuras, ambientes y personas de nuestra sociedad– de la fe, esperanza y amor que se nos han ido transmitiendo a lo largo de los siglos y se nos han regalado en la Iglesia. En este marco la Asamblea Diocesana aporta un contenido vivo y una perspectiva de futuro, porque hace presente al Pueblo de Dios que sigue peregrinando a través del tiempo y que es el verdadero sujeto protagonista de este acontecimiento.
- e) Con estas actitudes y la propia finalidad de la Asamblea secundamos **el proyecto de Evangelización que el Papa Francisco** impulsó en la Iglesia desde el inicio de su pontificado, y expuso con claridad en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. Este documento ha sido ampliamente difundido y comentado en nuestros ambientes pastorales. Pero en este momento deseo subrayar brevemente algún párrafo que nos afecta más directamente, por lo que se refiere a la diócesis llamada a una

conversión pastoral y misionera. El Papa nos habla de “una impostergable renovación eclesial” y dice:

“Cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica, bajo la guía de su obispo, también está llamada a la conversión misionera. Ella es el sujeto primario de la evangelización, ya que es la manifestación concreta de la única Iglesia en un lugar del mundo... Es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, provista de todos los medios de salvación dados por Cristo, pero con un rostro local... Exhorto a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma” (EG, 30).

“La pastoral, en clave de misión, pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del ‘siempre se ha hecho así’. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades... Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral (EG, 33).

El Papa advierte del peligro de que la Iglesia se cierre en sí misma, con la actitud enfermiza de la autoconservación o autodefensa. En estas actitudes se esconde siempre una mundanización de la Iglesia, el alejamiento de la experiencia de Pascua y de Pentecostés. Advierte así mismo de las tentaciones de los agentes de pastoral: el cansancio, el pragmatismo, el pesimismo y las incomprensiones externas o internas. Esas tentaciones surgen cuando se vive en un desierto espiritual. Por eso sugiere la creación de espacios sanadores (EG 77) para que los agentes de pastoral compartan sus preguntas más profundas, sus preocupaciones cotidianas y así recuperen la esperanza y el entusiasmo misionero.

La Iglesia que peregrina en Burgos está llamada, tras el encuentro sanador con Jesús en la vivencia comunitaria de la Asamblea diocesana, a renovarse sinceramente, a ensanchar horizontes, a salir al mundo con un corazón abierto para volcarse en las necesidades del momento, y a mostrar en su anuncio, en su pastoral y en sus estructuras el verdadero rostro de Dios.

En esta Asamblea hemos de plantearnos un proyecto ilusionante: caminar con Jesús en nuestra Iglesia concreta para seguir evangelizando, sirviendo al Reino de Dios y contribuyendo a la transformación del mundo. Si trabajamos, rezamos y reflexionamos todos juntos, seremos capaces de revitalizar la alegría de creer, de sentirnos Iglesia diocesana en renovación continua, de compartir nuestra fe con todos los que nos rodean. Con la ayuda del Señor que camina con nosotros conseguiremos que los diversos temas tratados y las propuestas sugeridas por los grupos vayan dando vida a este proyecto que estamos iniciando.

4. “¿NO ARDÍA NUESTRO CORAZÓN?” (Lc 24, 32) Convocados y enviados

“La alegría del Evangelio llena el corazón de los que se encuentran con Jesús... Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG, 1). Esta afirmación, con la que comienza la *Evangelii Gaudium* ya citada, es la expresión más sencilla y certera de lo que vivieron aquellos discípulos de Emaús en el encuentro del camino con Jesús. Ellos expresaban el recuerdo de la experiencia vivida con otras palabras: “¿No ardía nuestro corazón?”. Todos los caminos de la humanidad son Emaús, porque por todos se ha revelado el Señor y se ha acercado definitivamente a ella; y porque en todos podemos dejarnos alcanzar por Jesucristo y experimentar los efectos salvadores y sanadores del encuentro con Él.

Hagamos ahora, de la llamada a la Asamblea Diocesana, un gran encuentro comunitario, presidido por el Señor. Él caminará a nuestro lado y se sentará a nuestra mesa, “porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20), dice el Señor. ¿Qué es exactamente una Asamblea Diocesana? Algunos ya tuvisteis hace años la experiencia de un Sínodo Diocesano. Es la mejor analogía para entender lo que ahora estamos iniciando. La Asamblea Diocesana vive del mismo espíritu y de la misma lógica. Tiene una formulación canónica más flexible y una duración más breve. Pero en el fondo pretenden lo mismo: una profunda experiencia de eclesialidad y de sinodalidad que haga

visible y consciente la pertenencia a una Iglesia particular, profundizando el compromiso con la misión y con la evangelización. De este modo reflejaremos el ser más íntimo y profundo de la Iglesia. Es una expresión solemne y colectiva de lo que la Iglesia es. No es, por tanto, una actividad pastoral más sino la acción eclesial por antonomasia (como lo es el Sínodo Diocesano).

Asamblea e Iglesia son dos palabras y realidades que van siempre unidas, porque se exigen mutuamente. Así lo indica el mismo nombre: *Iglesia* (ekklesía) quiere decir *asamblea*. “Asamblea”, por tanto, designa el ser mismo de la Iglesia. Se constituye una asamblea cuando se congregan quienes han respondido positivamente a una convocatoria; la convocatoria es dirigida a muchos o a todos, pero sólo algunos responden positivamente, los cuales se reúnen para cumplir los objetivos de la convocatoria. Lo mismo sucede en el caso de la Iglesia: es la asamblea formada por quienes han acogido con gozo la proclamación de que Jesús es el Señor y se comprometen con la misión que el Resucitado y su Espíritu tienen sobre el mundo y la humanidad. Los miembros de esa asamblea son por tanto convocados y enviados por el Señor que sigue caminando entre los suyos en medio del mundo.

La realidad de la Iglesia como asamblea, según he indicado, hunde sus raíces en la experiencia humana universal, pero con una singularidad peculiar y significativa. Así lo descubrimos en la experiencia de Israel que nos ayuda a mostrar esa singularidad: en el monte Sinaí, tras la salida de Egipto, es Dios el que le convoca y permite al pueblo descubrir su propia identidad en torno a su llamada (cf. Dt. 4, 10). En el fondo es descubrir que este Pueblo de Dios, anticipo de la propia Iglesia, es una asamblea que no se forma por mecanismos o dinamismos sociológicos o psicológicos sino en virtud de la llamada libre y gratuita de Dios, que invita a pertenecer al Pueblo santo para que sea testigo de sus obras salvíficas en medio de los otros pueblos. El Catecismo de la Iglesia Católica afirma con claridad esta idea: “Dándose a sí misma el nombre de ‘Iglesia’ la primera comunidad de los que creían en Cristo se reconoce heredera de aquella asamblea. En ella Dios ‘convoca’ a su Pueblo desde todos los confines de la tierra” (n. 751).

Los cristianos se congregan en nombre de Cristo, se sienten convocados por Cristo para celebrar su obra de salvación, para continuar su misión. La obra salvadora y la misión de Cristo se encuentra en el centro. Así lo afirma el propio Catecismo: “La Iglesia de Dios existe en las comunidades locales y se realiza como asamblea litúrgica, sobre todo eucarística. La Iglesia vive de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, y de esta manera viene a ser ella misma Cuerpo de Cristo” (n. 752).

Ser Asamblea o Iglesia de Cristo implica un estilo nuevo de comportamiento y de relaciones fraternas que dan consistencia y estímulo a la acción evangelizadora, a la admisión de nuevos miembros y a la expansión más allá de las propias fronteras. En medio de dificultades internas y externas, ante retos y desafíos siempre nuevos, van realizando un proceso continuo de discernimiento a la luz de la Palabra de Dios y de la celebración de la Eucaristía.

Quisiera releer con vosotros un pasaje que nos puede ayudar a descubrir mejor el sentido de la Asamblea y las actitudes para vivirla: Me voy a fijar en Hech 13,1-3, porque nos narra una conciencia eclesial y un modo de actuar que pueden iluminar nuestro proyecto diocesano:

“En la Iglesia que estaba en Antioquía había profetas y maestros: Bernabé, Simeón, llamado Níger; Lucio, el de Cirene; Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. Un día que estaban celebrando el culto al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo: ‘Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado’. Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las manos y los enviaron”.

¿Qué nos encontramos en este pasaje? Señalo algunos elementos que me parecen importantes:

- toda la comunidad eclesial se encontraba reunida, con sus ministros;
- el objeto de la asamblea era discernir cómo seguir el proceso evangelizador que había surgido de Jerusalén y que había dado origen a aquella Iglesia;
- se encontraban reunidos en un contexto litúrgico, porque todo discernimiento eclesial se realiza en la presencia del Señor que los convoca;

- aparece con fuerza el protagonismo del Espíritu Santo, fuerza y aliento de la misión; ese mismo Espíritu es el que otorga el carisma correspondiente a Bernabé y a Pablo para que sirvan al proyecto evangelizador;
- en la asamblea llegan a tomar decisiones comunes y compartidas: deben –como Iglesia– servir a la misión;
- les imponen todos las manos como signo de que la tarea evangelizadora que van a emprender la realizan en nombre de toda la comunidad;
- la salida misionera es la que hace confluir la aportación de todos, la que da solidez y conciencia eclesial y, por tanto, la que rejuvenece a la Iglesia con proyectos siempre nuevos.

Aquella Iglesia de Antioquía estaba formada por un número limitado de miembros. Nosotros abriremos un proceso en el que todos puedan participar, aunque en el momento final solamente algunos –en nombre y con las aportaciones de todos– puedan elaborar las conclusiones finales. Lo importante es que juntos recorramos la experiencia de los discípulos de Emaús.

La lectura atenta y la meditación serena de este pasaje de Hechos de los Apóstoles pone ante nuestros ojos algunas actitudes fundamentales, que os invito a cultivar para nuestra Asamblea Diocesana:

- confianza en el Señor, vivo y actuante, que nos convoca y nos hace sentir un ardor nuevo;
- actitud de oración y de escucha de la Palabra y del Espíritu, que nos empuja a mirar por encima de los intereses particulares para identificarnos con la misión de la Iglesia;
- sentir con la Iglesia, conscientes de que somos cristianos con los otros, valorando y acogiendo sus carismas para el bien común, pues cada uno de nosotros sería más pobre y frágil sin la gracia de los demás;
- generosidad para entregar al mundo lo mejor que hemos recibido como creyentes y como ciudadanos;

- actitud de conversión sobre la base del agradecimiento por lo que hemos recibido;
- tomar conciencia, sin miedos ni temores, de la nueva etapa evangelizadora porque el Espíritu es el que lleva adelante su obra, el que despierta nuevos carismas, y el que puede hacer nuevas todas las cosas.

Nosotros, como Iglesia de Jesucristo en Burgos, somos **convocados** a la Asamblea Diocesana y **enviados** como discípulos misioneros por el Señor, que sigue impulsando a su Iglesia en esta hora de la historia. En el acontecimiento de Emaús veo un icono del camino que nuestra Iglesia ha recorrido y debe recorrer todavía. Los discípulos de Emaús conversan con el Señor en el camino. Le reconocen al partir el Pan, se abrieron sus ojos y se decían: “*¿No ardía acaso nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?*” (Lc 24,32). Entonces regresan corriendo a Jerusalén para encontrarse con los demás discípulos y anunciar que Jesús ha resucitado y está vivo, y a poner su vida al servicio de la misión de Jesús.

El nuevo compromiso misionero de nuestra Iglesia diocesana, también habrá de nacer de este encuentro con el Señor, de la escucha de su Palabra, de dejarnos cuestionar por Él, de la oración y de la Eucaristía. La experiencia del encuentro con Jesús es para ser comunicada. Con Él a nuestro lado, “volveremos a Jerusalén” con el paso nuevo y audaz de la esperanza, para estrechar la comunión con los hermanos y abrir nuevos itinerarios en el anuncio de Jesucristo; nuevos caminos de encuentro con el Señor Resucitado para los hombres y mujeres de hoy; nueva salida al mundo plural que nos rodea, con la “dulce y confortadora alegría de evangelizar” (EG,10).

Al finalizar esta Carta Pastoral, en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, pongo todo cuanto he querido expresar y todo cuanto deseo, para el bien de nuestra diócesis, en mi corazón de pastor, bajo la protección de Santa María La Mayor, patrona de nuestra diócesis y titular de nuestra Catedral. Tomo para ello parte de la bella oración que el Papa Francisco nos regaló en la *Evangelii Gaudium*:

*Virgen y Madre María, tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la Vida en la profundidad de tu humilde fe...
ayúdanos a decir nuestro "sí"
ante la urgencia más imperiosa que nunca
de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.*

*Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte.
Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos
para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga.*

*Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros. Amén.*

+ Fidel Herráez Vegas

Burgos, 8 de septiembre de 2019

Natividad de la Virgen María

